

# Para no aburrirse

## *La escuela del aburrimiento* de Luigi Amara

Ingrid Solana

Sueños de vigilia, grabado en acero de R. Redgrave, 1844



*A-BU-RRI-MIEN-TO*. La palabra en español es desagradable y fea, demasiado larga, farragosa. *-Abu* remite a *abulia*, es decir, a enfermedad de espíritus viejos, *-burri* a *burro* y *-miento* a *mentir*, lo que daría como resultado: *mentiras de burros abúlicos*. Más allá de los prejuicios contra la palabra antipoética por su brusca sonoridad, la etimología del aburrimiento es muy sugerente: se le relaciona con *abhorrecer*, y con *horrere* que significa “temblar o asustarse”, pero tiene, además, el prefijo *ab* que implica *ausencia de*, en suma, el aburrimiento contiene en su interior una belleza poética: la ausencia de temblor.

Mi idea en torno a esta emoción es, quizá, muy semejante a los prejuicios que Luigi Amara enumera de forma magistral a lo largo de *La escuela del aburrimiento*. La considero, efectivamente, una sensación infecunda, acorde con espíritus débiles y propia de clases sociales privilegiadas. Por

supuesto, el tema es tan general que sería absurdo afirmar que alguien no lo ha sentido. En ello reconozco un acierto, el libro nace del impulso genuino de una voz que pretende explorar dicho sentir en sí mismo y en sus lecturas. La empresa, por supuesto, es titánica, y este libro se empeña en abordar su problema minuciosamente.

*La escuela del aburrimiento* encontró su forma mediante tres ensayos largos y un apéndice con un manifiesto de una sociedad secreta llamada “La Internacional Bostezante”, donde se enumeran ciertos principios vitales para aburrirse aún más. En términos generales, cada ensayo se divide en apartados en los que se reseñan lecturas sobre el tema. Hay una búsqueda de sentimientos colindantes con el aburrimiento como el tedio, la melancolía, el hartazgo, que enhebran y hacen coincidir lecturas paralelas. Es evidente que pesa mucho en el libro la literatura francesa: Baudelaire, Péc, Pascal, Montaigne, pero hay un sinfín de referencias y alusiones donde conviven escritores, filósofos y artistas visuales como Benjamin, Dickinson, Pessoa, Warhol, Heidegger, Adorno, Leopardi, Moravia, Bellow, Kierkegaard, etc. En muchos casos, todas estas referencias se agrupan de forma orgánica; en otras, se peca de una suerte de hipertrofia libresca y se abruma con el exceso de citas; la inevitable propensión a demostrar que no hay una pizca de ignorancia en una afirmación. Este rasgo es chocante cuando ninguna experiencia vital en el texto está sostenida en sí misma. Por ejemplo, en el tercer ensayo, titulado “Horas muertas”, el narrador emprende un viaje a Las Vegas para probar que, lejos de ser la capital de la diversión, este sitio le permitirá probar sus tesis sobre el aburrimiento:

Por la ventanilla del avión no había forma de avistar los límites de esa extensión estéril sobre la que los rayos del sol creaban distorsiones y breves oasis opalescentes. Había leído que si uno

llega por carretera a Las Vegas, procedente de Los Ángeles, hay un letrero que previene a los visitantes: *Abandon reality, all ye who enter here*. Las puertas no del infierno, sino de la irrealidad (o de la hiperrealidad, como la llamó Umberto Eco), precisamente allí donde llevamos todas nuestras esperanzas, las esperanzas de las que no podemos deshacernos.

En mi subrayado taché algunas referencias; en este caso, el paréntesis de Umberto Eco. Tengo la impresión de que el lector avisado no necesita esas referencias explícitas, pues las construye por su cuenta. La literatura más orgánica, sobre todo en la narración —aún si es ensayística—, es la que logra yuxtaponer de forma invisible los nexos con los que el texto dialoga, sin citarlos literalmente. Ese fondo es la verdadera intertextualidad; las costuras de la prenda que no vemos; la yuxtaposición de una serie de niveles ocultos que complican el andamiaje del texto y que exigen una participación activa del lector. *La escuela del aburrimiento* está repleta de estas referencias; a su favor habría que decir que, efectivamente, si el lector desconoce gran parte de las lecturas evocadas podrá interesarse en ellas.

Amara intenta trenzar la experiencia concreta del aburrimiento con los problemas conceptuales en torno al mismo. En el primer ensayo, “La habitación de Pascal”, el narrador, consciente de su padecimiento, se encierra en una habitación para llevarlo al punto límite, en ésta emprende un viaje exhaustivo por lecturas que desglosa con paciencia, enumerando las observaciones que se vertieron en los textos sobre el tema. Se disfruta, precisamente, mucho más la experiencia del sujeto que escribe que la reseña, porque éstas siempre son temáticas y nunca una apropiación estilística que intente penetrar en el sentido último de aquello que supuestamente encarna. Una cosa queda muy clara: el lector de los textos evocados en esta *escuela* se divierte,



Luigi Amara  
*La escuela del aburrimiento*  
Barcelona: Sexto Piso, 2012, 288 pp.

lee con placer: son los textos —nada aburridos, por cierto—, que implementaría en su colegio. Y en ese sentido la recopilación vale la pena; como una especie de paseo por los libros sugerentes que no podríamos obviar en el recorrido: *El libro del desasosiego*, *Las memorias del subsuelo*, *Anatomía de la melancolía*, etc. La experiencia, así, muchas veces se diluye en el marasmo intelectual que trata de ser justo con los autores que le preceden: la escuela tradicional tiende a organizar sus materiales en función de sus antecesores; hoy en día, la propia enseñanza ya no parte del cúmulo de conocimientos previos sobre un tema, sino de la experiencia concreta del sujeto sobre el mismo. La recomendación sería que en la escuela de Amara podrían relajarse más las cosas, leer el sí-mismo sin tanto ruido interior.

Un par de precisiones. Me parece que en el texto hay una concepción errónea sobre el trabajo. En diversos pasajes es el propio narrador el que denigra la escritura: “La cuestión es que yo no estaba ganando ni un centavo con mi estudio maestro sobre el aburrimiento...”; cuando, precisamente, ante la fuerza corrosiva del tedio, la literatura se presenta como un mecanismo de sublimación y, por tanto, como la principal forma de combatirlo; la escritura es una actividad revolucionaria

porque no encaja en el modelo de producción capitalista en su sentido más puro (cuando no entra en las leyes del mercado). Si no se gana una salario con ella, entonces es el espacio de la libertad absoluta, la labor menos mecánica que existe.

Otra afirmación que es discutible es que el aburrimiento sea un “malestar desclasado”. Por el contrario, aqueja a un sector social muy particular que no debe vagar por las calles porque tiene hambre. Es la emoción de la clase privilegiada, una clase insaciable, sin problemas, que tiene demasiado tiempo para aburrirse. El aburrimiento no sería, desde este punto, la sensación que habría que enaltecer porque no representa la rebeldía, sino la comunión, la insaciabilidad, la abulia; el rebelde se mueve, es un acto, quiere revolucionar el entorno: no tiene tiempo. Si la actitud de nuestra actualidad es buscar la diversión a toda costa es porque se aburre, porque lo ha tenido todo. El arte representa todavía ese espacio libertario en el que es posible combatir las leyes del trabajo mecánico y trastornar la alienación de un proletariado que no tiene tiempo para cambiar las leyes de producción.

El libro de Amara da mucho qué pensar y discutir, por eso vale la pena leerlo. Ya que está entre nosotros, quizá habría que pensar, ¿por qué escogió esa forma?, ¿por qué no buscó en la experiencia del narrador su manifestación orgánica y su porqué?, ¿por qué generó el relato de un aburrimiento autocreado? Debo decir también que si yo asistiera a esa “escuela del aburrimiento”, disfrutaría reflexionando sobre los textos evocados allí; textos que nos abren la puerta no de la diversión, sino de una expresividad que puede explicar la vida y su sociabilidad desde otros parajes que escapan de los entornos alienados en los que vivimos. El arte no vuelve mejor al hombre, eso ya se dijo, pero le muestra nuevos mundos libres, combativos, repletos de temblores. 